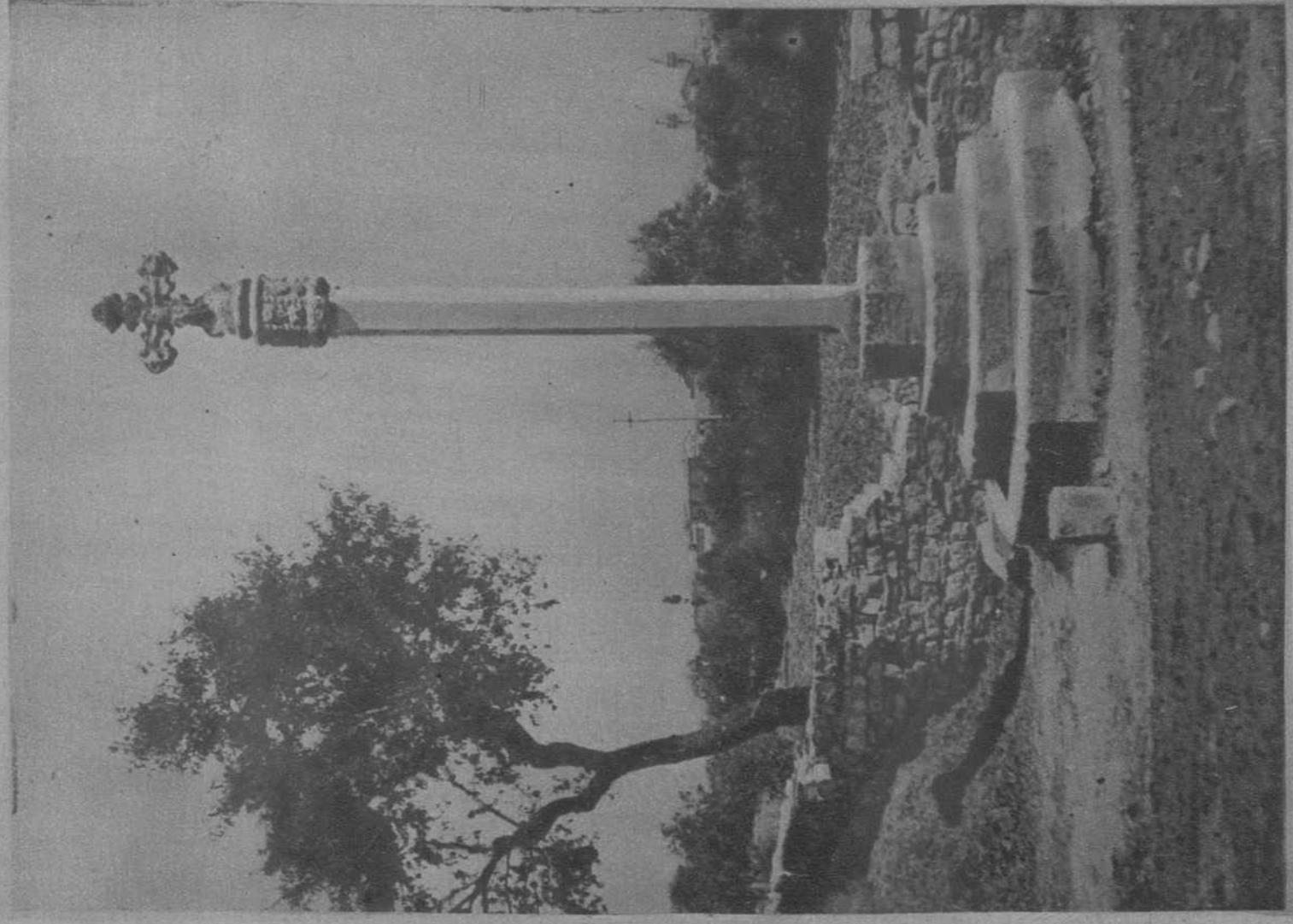


JULIO  
22  
1928

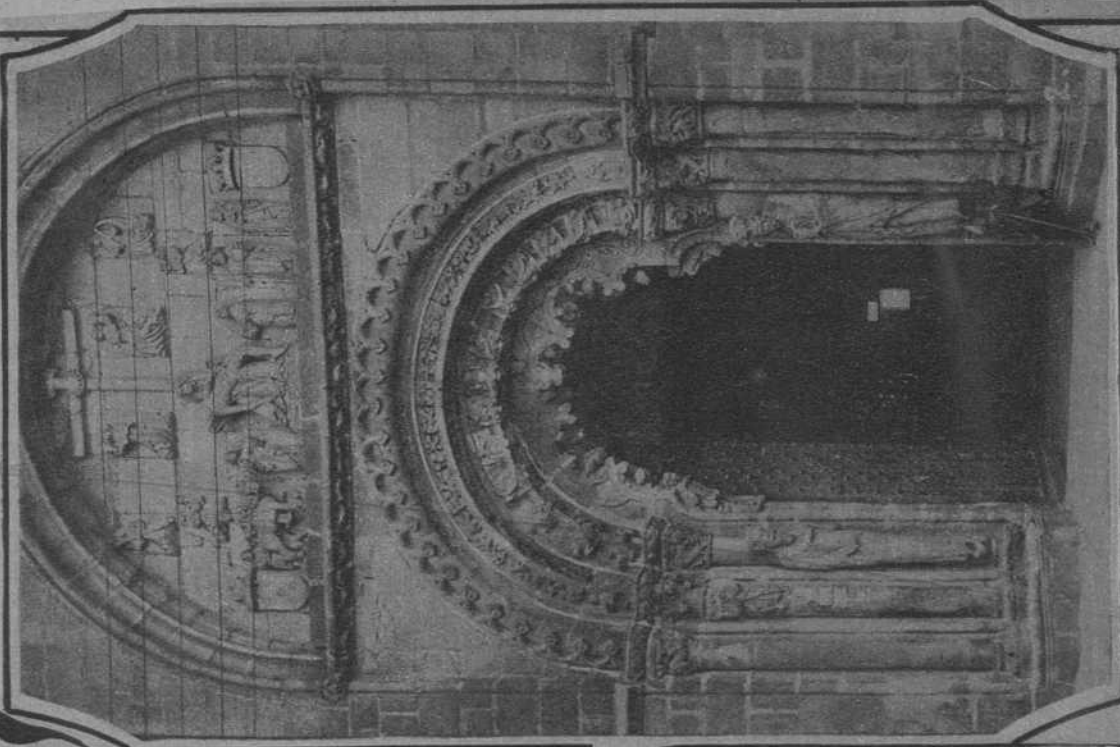
PAGINAS  
EXTRAORDINARIAS  
DE  
El Dia Gráfico

NUM  
119

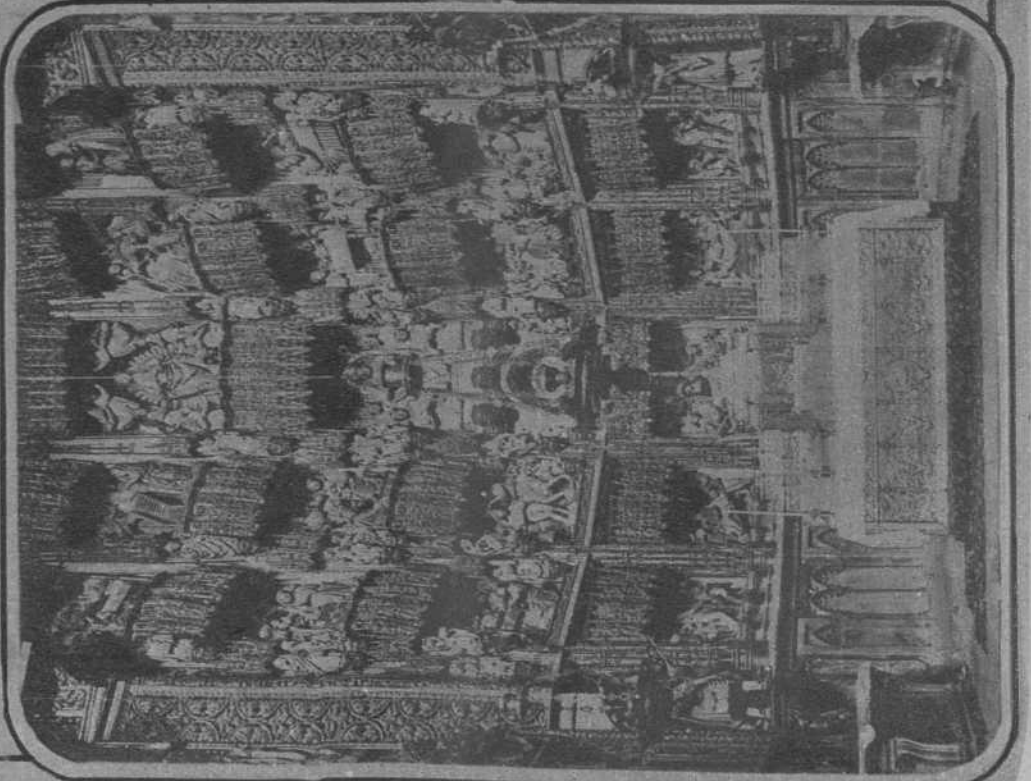
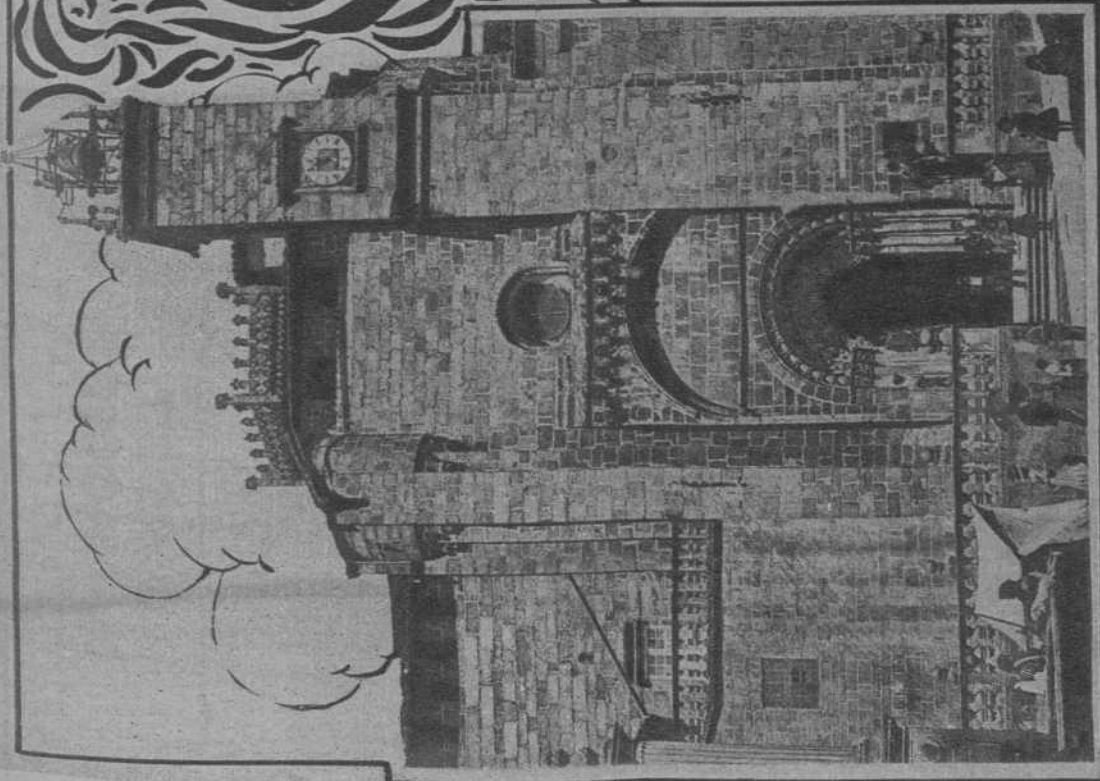


La cruz de término de Cervera  
FOTO L. AMAT

LA CATEDRAL DE ORENSE,  
PRECIADA JOYA DEL SIGLO XII,  
FIGURA, POR DERECHO PROPIO,  
ENTRE LOS MAS BELLOS MONU-  
MENTOS DE ESPAÑA

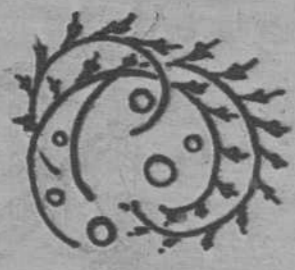


- 1.—La fachada.
- 2.—La puerta Norte.
- 3.—El altar mayor.

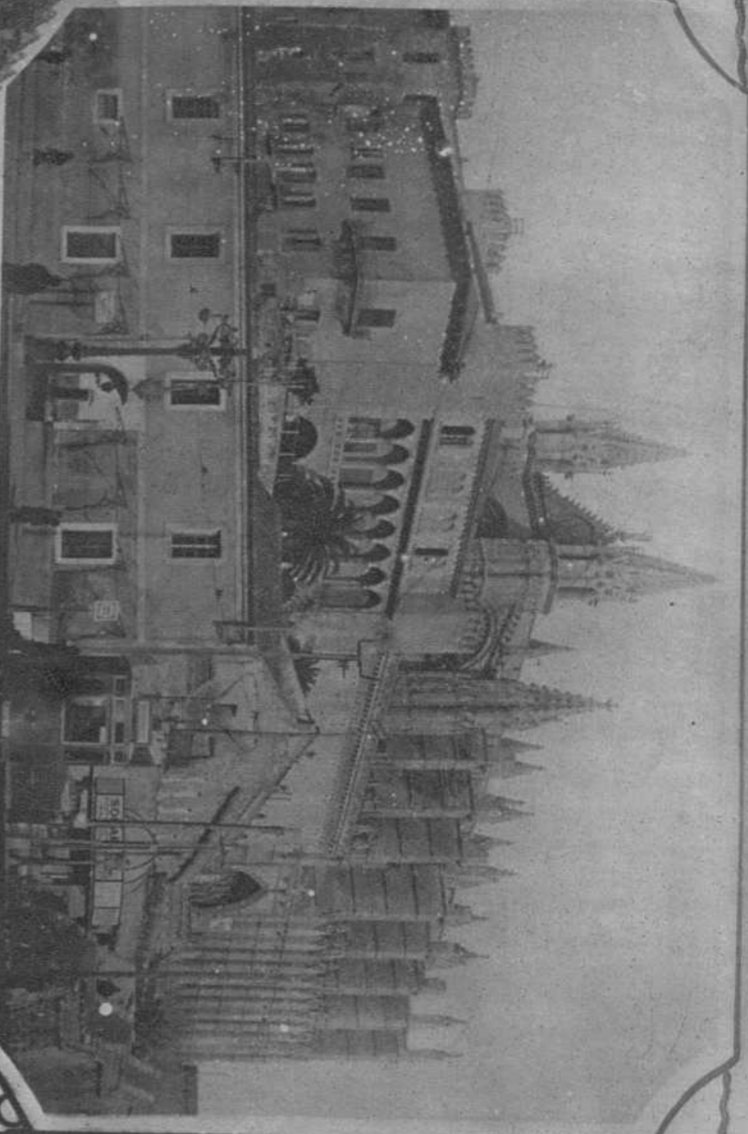




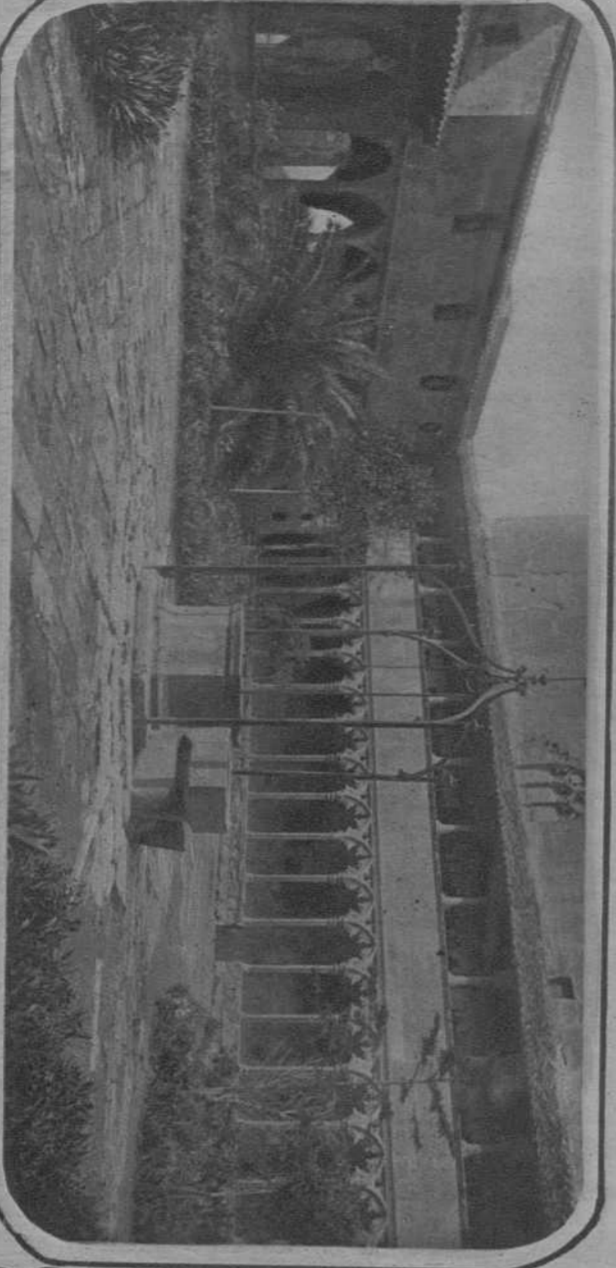
TRES BELLOS ASPECTOS DE PALMA DE MALLORCA



La Catedral y el histórico Palacio de la Almudaina

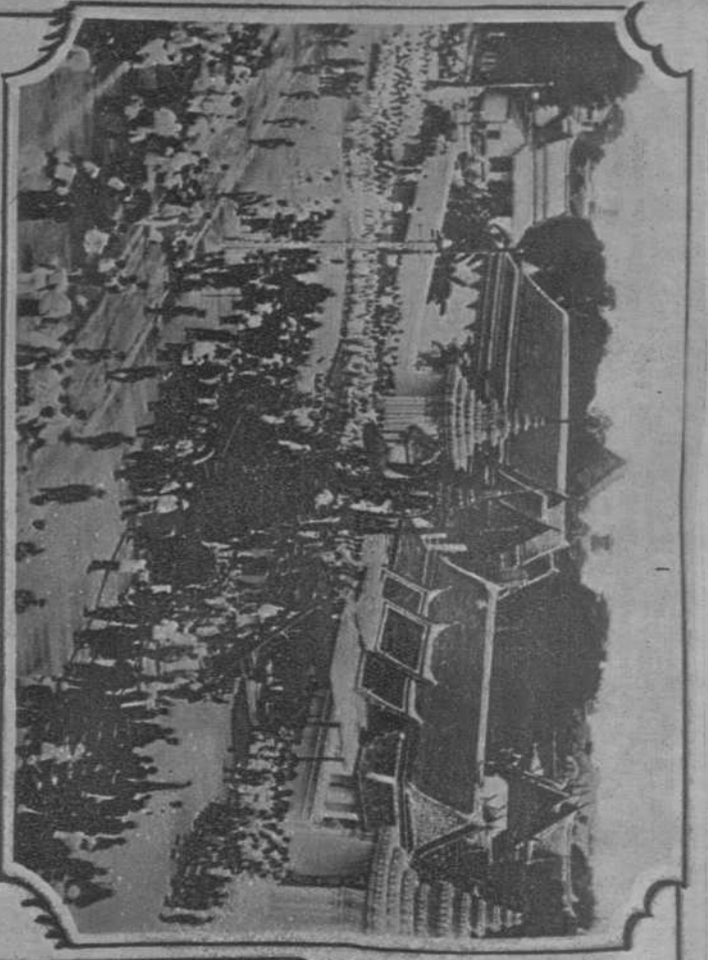


La calle de la Seo, quieta y sugestiva



El hermoso claustro de San Francisco

(Fots. N. O. P.)

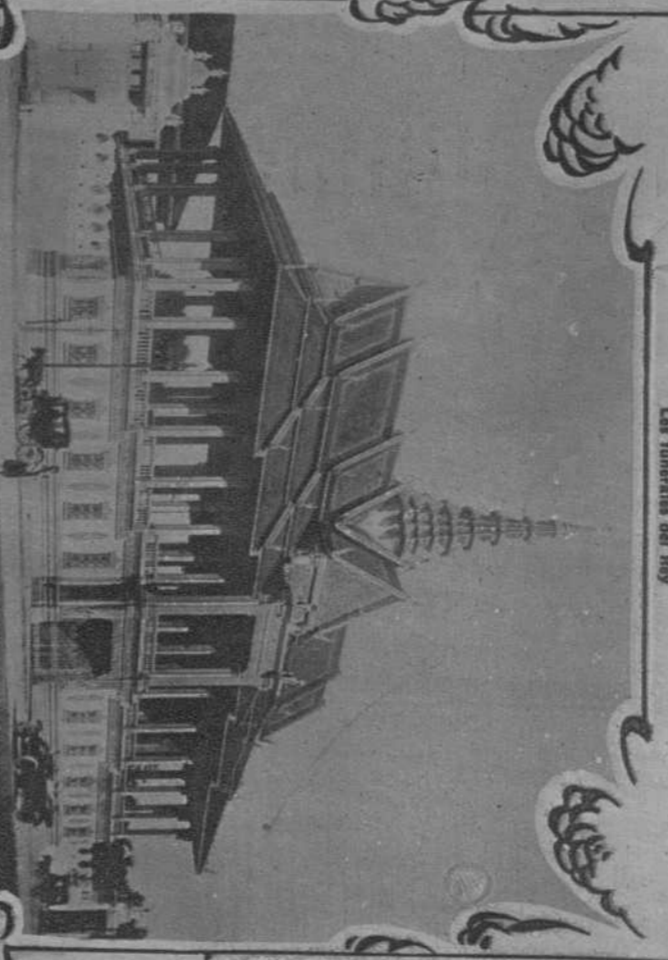


Las Torres del Rey

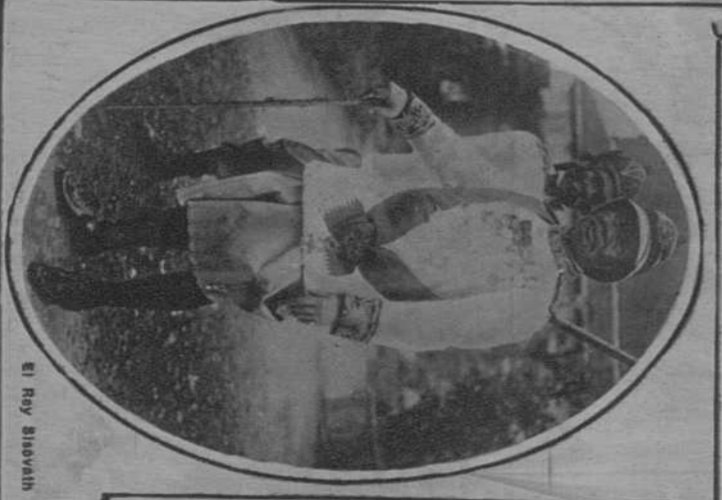
LA MUERTE DEL REY SISOVATH DE SIAM



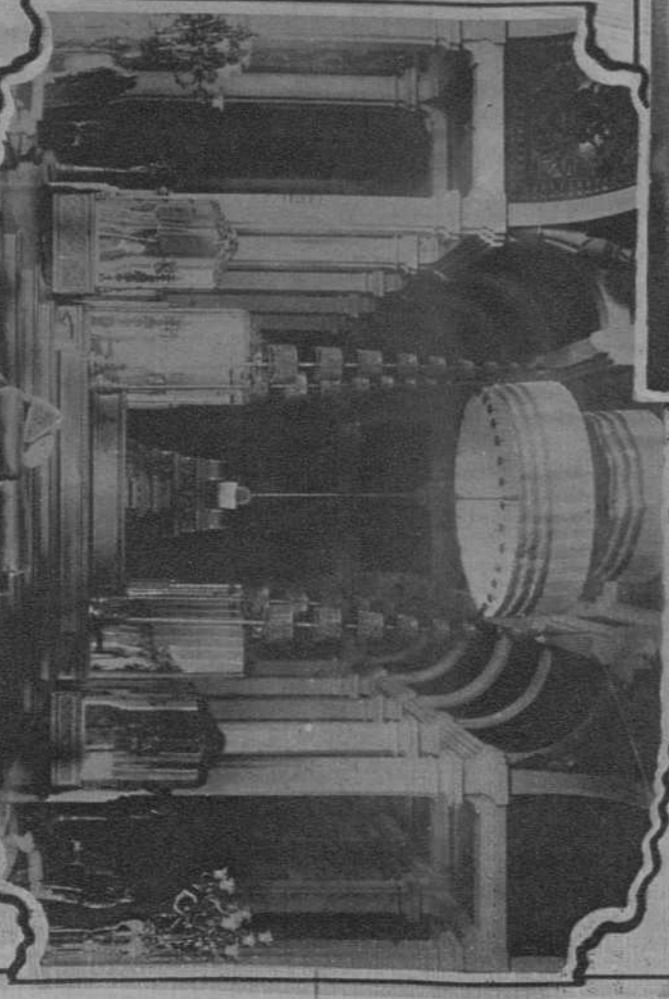
La favorita del Rey, la mujer más bella de Camboya



El Palacio de la Dinastía



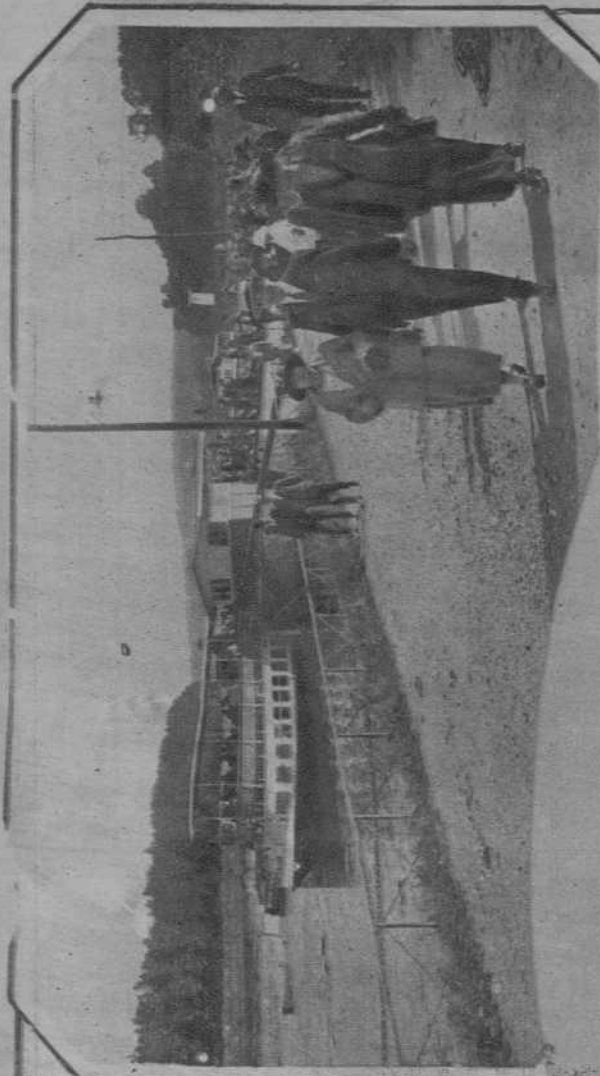
El Rey Sisavath



La sala del Trono en el Palacio Phai (Fels. condecorada y suntuosa)



LA VIDA ESTIVAL EN PARIS.  
 NO TODOS LOS PARISIENSES  
 PUEDEN VERANEAR EN LAS  
 PLAYAS O BALNEARIOS DE  
 MODA. PARA ELLOS, GUARDA  
 LA GRAN CAPITAL, LA SE-  
 LLEZA DE SUS JARDINES Y  
 DE SUS HERMOSOS ALRE-  
 DEDORES.



La llegada de los  
 vaporitos gelon-  
 drinas a Saint-  
 Cloud



Viendo navegar los  
 barquichuelos  
 infantiles



En los jardines del  
 Luxemburgo



En la gran Avenida  
 de Saint-Cloud  
 (Fot. Censorio)

## Un espectáculo tradicional en Alemania.

NO ES COSA GORRIENTE, EN NUESTROS DIAS,  
 VER, EN PLENA CALLE, LA REPRESENTACION  
 DE UN DRAMA HISTORICO, EN DINKELSBULH  
 (ALEMANIA) SE RINDE CULTO A LA TRADI-  
 CION REMEMORANDO, EN FORMA INGENUA,  
 LAS HAZANAS DE LOS HEROES POPULARES

(Fot. Vidal)



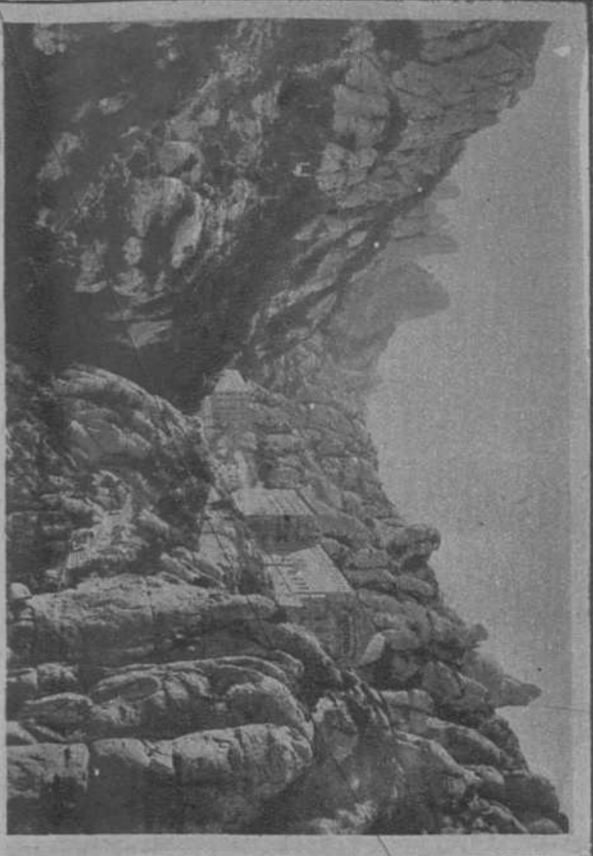


# Las maravillas de la montaña de Montserrat

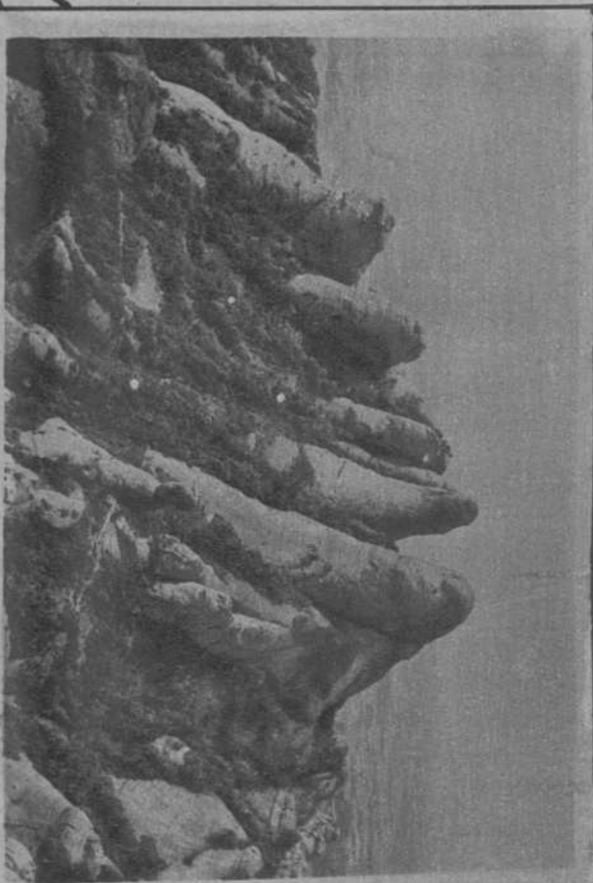


El gigante encantado: constituye una de las curiosidades naturales de Montserrat más características.

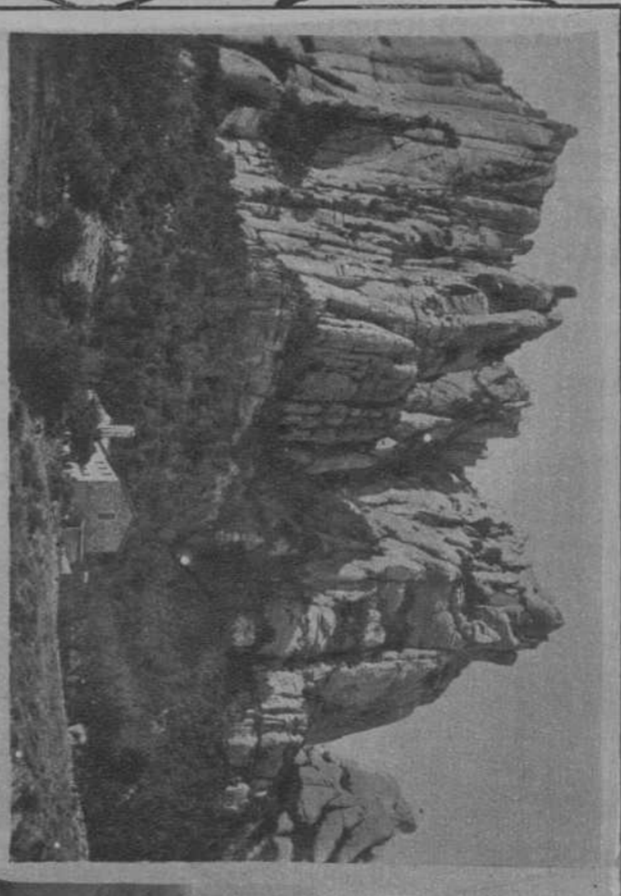
Los caminos que conducen a las cimas aparecen a menudo cortados en la peña.



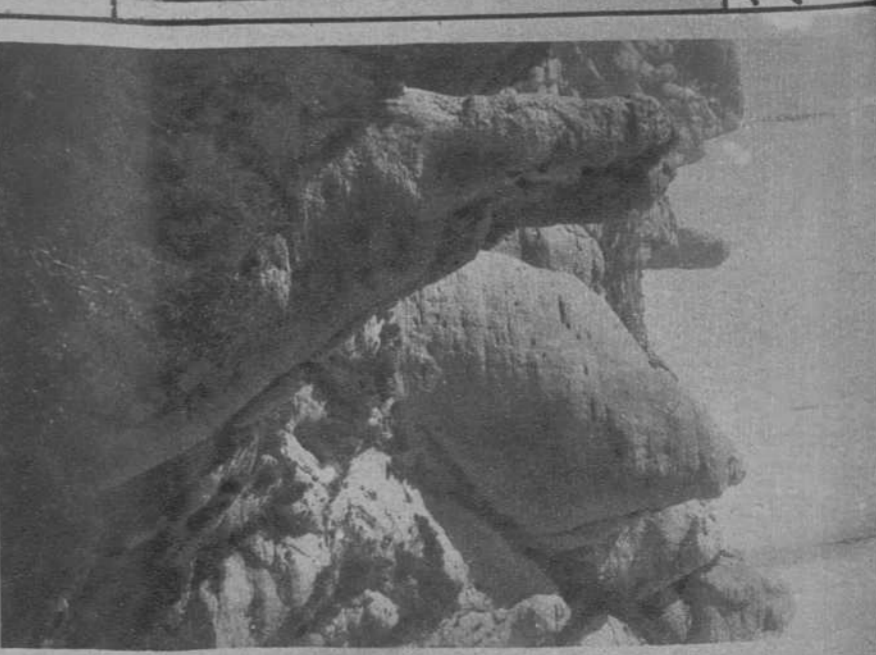
El Monasterio, al cobijo de la imponente mole rocosa, parece asomarse al pavoroso precipicio.



El grupo de rocas de Santa Magdalena se yergue, aislado del macizo, en las alturas de la montaña.



La ermita de Santa Cecilia al pie del enorme escarpado que domina San Jerónimo.



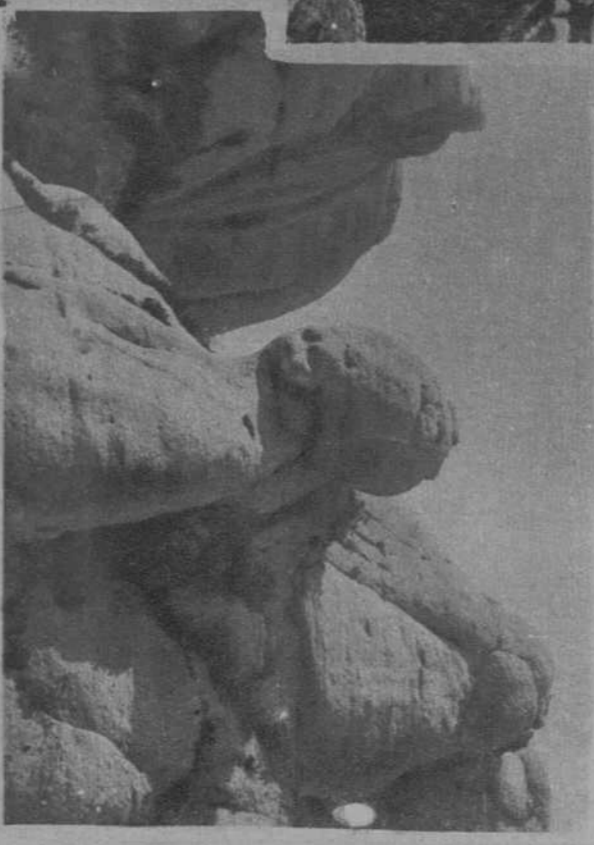
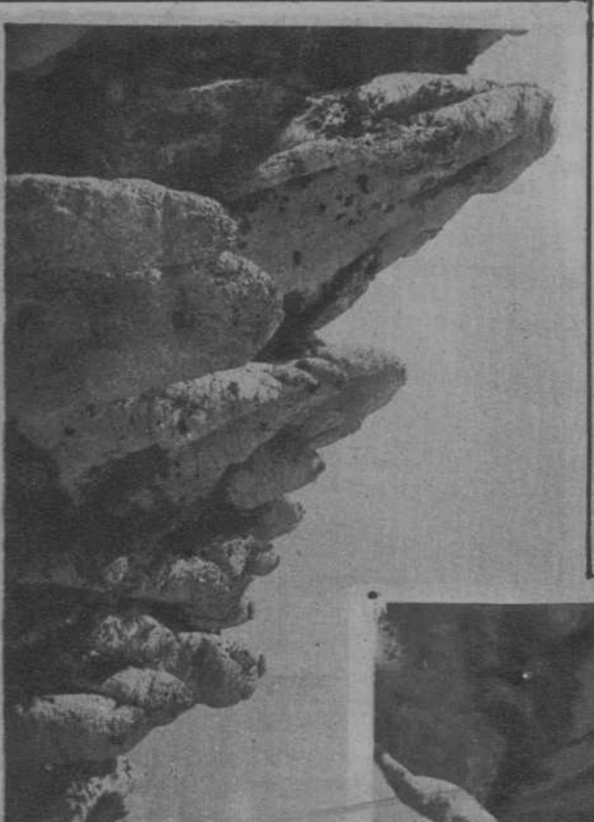
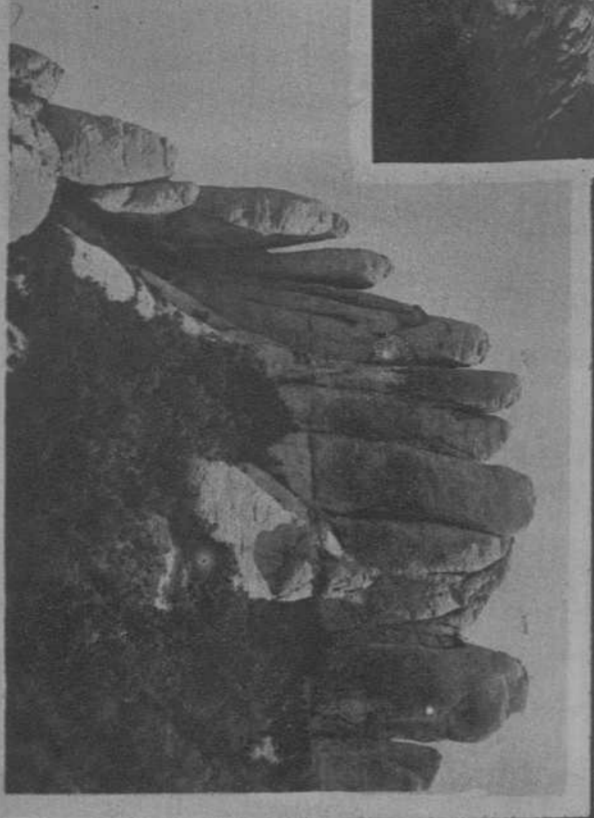
El conglomerado, ocoso se ofrece, con toda su magnificencia, desde el camino nuevo de San Jerónimo.



Las rocas de la Santísima Trinidad ejercen gran atracción en el excursionista, que no deja de escalarlas.



Son las llamadas «filasas» muestra de la fantasía que la naturaleza ha vertido en Montserrat.

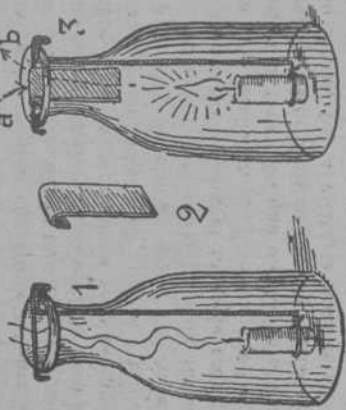


Sobre los valles del Bruch la montaña adquiere siluetas altamente sugestivas.

(Fols. Zerkowitz)



LA BUJIA QUE ARDE DENTRO DE UNA BOTELLA



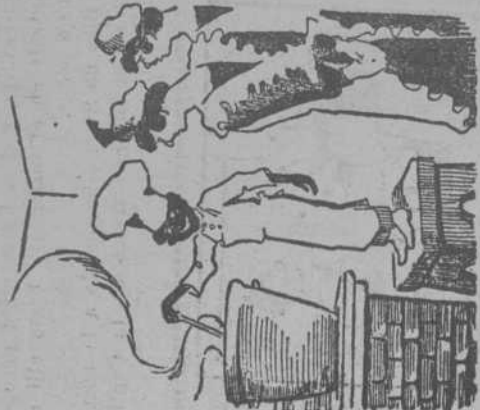
Con un alambre (fig. 1) suspéndase una bujía en el fondo de una botella. Al poco tiempo la llama se extingue, falta del oxígeno necesario para la combustión. Pero si colocáis en la boca del frasco un pedazo de hierro blanco (fig. 2) la bujía seguirá ardiendo, pues la división que establece permite salir el aire viciado (fig. 3), por b y entrar el puro, por a.

La mejor recomendación

Una vez un caballero puso un aviso en un periódico pidiendo un secretario. En seguida se casa se llenó de gente, y después de hacer pasar a varios, el caballero se decidió a tomar un joven a su servicio.

—No me explico—dijo su mujer—por qué te has decidido por ese joven que ni siquiera tiene una carta de recomendación.

—Estás equivocada—respondió su marido—. Tiene recomendaciones, y muchas. Se limpió los pies al entrar y cerró la puerta detrás de él, por lo que vi que era ordenado y cuidadoso. El día inmediatamente siguiente a un viejo que estaba allí esperando, con lo que comprendí que era bueno y atento. Se quitó el sombrero al entrar y respondió a mis preguntas rápida y respetuosamente, con lo que vi que era culto



—Y tú, negrito, ¿qué haces aquí? —La misa blanca.

y educado. Levantó un libro que yo había dejado intencionadamente en el suelo, colocándolo sobre la mesa mientras otros lo habían empujado a un lado con el pie; con esto vi que era diligente. Esperé tranquilamente que llegara su turno para hablar conmigo en vez de empujar para hacerlo primero, demostrando ser modesto. Cuando hablé con él, noté que su ropa estaba limpia y su pelo y sus dientes bien cuidados lo mismo que sus uñas, las que vi cuando escribió su nombre.

¿No te parece que todo esto son recomendaciones? Yo sí lo creo, y estoy seguro de que con mis ojos veo más observando diez minutos, que lo que podrían indicarme veinte cartas de recomendación.

El porqué de las cosas

DESAPARECEN ALGUNAS ENFERMEDADES!

Ciertamente desaparecen, y esto significa un enorme beneficio. Hubo una época en que toda Europa estaba bajo el yugo de una terrible enfermedad que tuvo origen en la China y que llamaban la peste. Actualmente, la peste no existe en los países más civilizados; pero ésta no tardaría en reaparecer si no se vigilara atentamente los puertos, donde todo individuo apestado es inmediatamente aislado de tal suerte que no se pueda propagar la terrible enfermedad.

En otros tiempos la lepra se extendía en el mundo entero y abundaban las leproserías donde se encerraban desgraciados, víctimas de esa cruel enfermedad. La viruela que antiguamente hacía tantos estragos ha desaparecido casi en absoluto, gracias a la vacuna inventada por el doctor Jenner. En otras partes del mundo donde abundan las fiebres, como la malaria y la fiebre amarilla, éstas han desaparecido casi por completo en el curso de estos últimos años, simplemente porque los sabios han descubierto que estas plagas se propagan gracias a unos insectos parecidos a los mosquitos, a los que han exterminado.

Ultimamente se ha llegado a dominar por completo, en la isla de Malta, una fiebre que se llamaba «fiebre de Malta», porque se descubrió que ésta se transmitía por la leche de cabra, y se prohibió en absoluto que se bebiera la leche de dicho animal.

¿A QUE VELOCIDAD PUEDE LLEGAR A GIRAR UNA RUEDA?

Es común el pensar que haciendo girar una rueda con una fuerza poderosa, ésta rotaría cada vez más ligera y que no habría límite para su velocidad. Pero las cosas no pasan de este modo, y se ha visto a menudo que una rueda girando demasiado ligera ha producido accidentes terribles.



—Si no vas a la escuela no podrás leer.— Ya verás como podré. Me pondré los anteojos, como la abuelita.

Si se toma un paraguas recién mojado y se le hace girar lentamente las gotas de agua quedarán adheridas a él; pero si se le hace girar demasiado ligero es sabido que las gotas se escaparán en todas direcciones. Mientras el paraguas daba vueltas lentamente la fuerza de cohesión era suficiente para mantener a las gotas, pero cuando aumentaba la velocidad esta fuerza no basta y las gotas se desparpaman en todas direcciones. Pues bien, la cohesión es lo único que retiene unidas las diferentes partes de que se compone una rueda, y si ésta gira con demasiada velocidad, dicha fuerza no bastará para mantenerla unida.

Ha sucedido varias veces que al poner una máquina a una velocidad demasiado grande, una de sus ruedas (hecha de acero pesado) ha estallado en fragmentos que, arrojados al espacio, han causado grandes perjuicios. Esto se aplica a todo lo que gira, ya sea un trompo, una rueda, o a la Tierra misma.

Hay un límite para la velocidad a la que pueden girar sin estallar en pedazos, porque hay un límite para la fuerza de cohesión.



—Vamos a jugar al ferrocarril, tú, harás de locomotora; tú, de vagón de viajeros. El negrito.—Y yo, ¿de qué haré? —Tú, de carbón.

La Danzarina de RHODAS

por JACINTO MUSTIELES

Ilustraciones de ROSVERA



1

La había estado contemplando muchos días en el escaparate de un comercio lujoso. Era una esculturilla perfecta, de verdadero mérito artístico y de positivo valor material, tallada en marfil con vistosas aplicaciones metálicas. Representaba una jovencita griega, sorprendida en un bellísimo momento de su danza. Tenía alzada y doblada una pierna, formando dos ángulos rectos con el busto; los brazos los había extendido hacia atrás y estaban algo caídos y con las manos abiertas; la cabeza inclinada un poco a la espalda; sus ojos aparecían entornados; su gesto era de una serenidad absoluta. Diríase que soñaba danzando.

Todos los días al ir a la Universidad y al volver de ella—porque ello acontecía en mis benditos tiempos de estudiante—pasaba ante el escaparate donde estaba la esculturilla y me detenía a admirarla con una simpatía que iba pareciendo cariño. Si; parecía que me había enamorado de ella, o, mejor, que tratárase del retrato de mujer que me hubiera enamorado.

Un día entré tímidamente en la tienda a preguntar el precio, y el salir, mohino, lancé una mirada de angustia a mi graciosa danzarina. Quizá no la poseería nunca. Entendámonos: yo no juzgaba exorbitante la cifra en relación con la esculturilla de marfil, a la que concedía un valor incalculable, sino con mi posibilidad de juntar tanta moneda. Pensaba que, mucho antes de que pudiera adquirirla, la habría comprado cualquier aristócrata para regalarla a su novia en medio de una bandeja

de dulces. Y me desesperaba calculando que sería colocada en una «etagera» de cedro o sobre el mueble de una gramola, como una muñeca de trapo sin evocación posible. ¡Y a mí me hacía imaginar tanto, la bella danzarina de Rhodas!

Había olvidado decirlo. En el pequeño pedestal de madera sobre el que se erguía la esculturilla, había en letras doradas una inscripción que decía: «Dionea, Danzarina de Rhodas».

Seguía deteniéndome a admirar cada día, con cierta tristeza ahora. Imaginaba que la danzarina conocía el interés que me inspiraba y que también ella se dolía de ir a parar a persona que quizá no sabría apreciarla y quererla. Probablemente en vida habría sido esclava y sabía la amargura de ser comprada por un amo sin corazón para ella, que la tenía como objeto de lujo para lucirla en los festines con sus amigos. Ella danzaba al mandato del amo, sonriendo a los invitados que entraban ya ébrios. Luego, un dulce que su amo le arrojaba en indicación de que ya había ocupado bastante rato la atención de sus amigos y debía retirarse. Y ella se retiraba comiéndose la sobra de los postres, como un perro, lo el terrón de azúcar con que se premiaran sus gracias.

Y ahora, tantos siglos después de nuesta, cuando volvía a la vida—si bien insensible del marfil—sería también comprada para tenida como objeto de lujo en un rincón de sala de visitas... Y se dolía ella y con ella yo; sólo que en mí la pena se volvía un mudo reproche a mis padres (que me habían escrito: «Procura sacar el cur-

so y déjate de simplezas de estatillas de marfil. Si apruebas, vendrás con nosotros a vernear a X y te compraremos el equipo para tenis que deseabas el año pasado»), mientras que en ella la pena era de una máxima angustia por la experiencia de su vida antigua y parecía explicarme con sus misteriosos ojos entornados: «¡Sálvame! ¡Comprame tú! Tú serás mi amo más bueno. Yo danzaré día y noche para tí, esta danza sagrada que excitó hacia mí el amor de todo el pueblo de Rhodas. Danzaré para tí solo, y en el ritmo maravilloso de mi cuerpo encontrarás una pauta para el ritmo de tus versos, y en la serenidad clásica de mi gesto encontrarás la serenedad pareja para tu espíritu. ¡Comprame! ¡Sálvame!»

•••

Y vino a mis manos.

La tuve en mi mesa de estudio, en la casa de huéspedes, y fué mi compañera constante. Presenció mis noches de vela ante los libros de texto; supo de mis romances y de mis ilusiones; conoció mis esperanzas y mis fracasos. Si el marfil tuviera vida consciente, diría que la esculturilla ha vivido toda mi juventud y ha compartido todas mis emociones. Y quizá por eso ahora la quiero más; porque nos unen las largas horas de íntimas confidencias, de confesiones que quedaron en el silencio de mi cuarto de estudiante. Sabe lo mejor de mi vida, guarda mis secretos y me ha visto llorar.

En mis conversaciones, en mis cartas y en mis cuentos ha asomado con frecuencia esta Dionea su carita de armonía perfecta. Hasta le he adjudicado una historia cabal. Por cierto que esta historia debió llegar al alma de mi esculturilla y debió impresionarla muy desgraciadamente, porque, publicada la novellita, los ojos de Dionea se habían cerrado y su gesto de clásica se-



verdaderamente una leve expresion de abati-

mentis.
—No he dignificado tus secretos; no he...

—No sueñas—me dijo con voz de niña—
Boy Diocesa, tu amiga de tantos años, la...

—Lo sé. Se lo diste al senador Marcos el
joven que...

—Te equivococas. No me conociste a ese
Marcos. Además, mi felicidad no data de...

—Fui feliz en la ergástula, y ojalá no ha-
biera salido de allí nunca...

—Fui feliz en la ergástula, y ojalá no ha-
biera salido de allí nunca...

bre de nuestros vestidos y la organización
de nuestra vida; pero de nuestra alma no...

—Desde que diste el corazón.
—Desde que salté de la ergástula, el de-

—¿Y dónde fuiste entonces?
—Viví un poco en cada ciudad de Gre-

—¿Y tu amor?
—Quedó en la ergástula donde había na-

II

—Mi madre fué esclava en Grecia; mi
abuela fué cortesana en Alejandría; la ma-

—No conoces la historia de Laminia? Vi-
vía en Egipto (ocurrió la flauta en los bar-

—Laminia había dejado una hija en Egipto.
Laminia había dejado una hija en Egipto.

—Hija de Rodope fué Chryseia, mi madre,
que nació en el jardín de Astarté y fué

educada en el mismo templo de la diosa,
comenzando sus lecciones en el Discolion

—Si su preparación había sido de corte-
sana, su vida fué de esclava. Sólo veía a su

—Y tuve una alegre niñez en la esclavi-
tud, con la suerde de poder estar el día

—Likas, también esclavo y de pocos más
años que yo, era el principal motivo de mi

—Muchas veces nos habíamos peleado por
la posesión de un niño de pájaros. Otras

—En las largas horas que Likas pasaba
abstraido en su afición predilecta, que era

—¡Cuál es la distancia que separa Amé-
rica de Egipto?

BORRECABEZAS



La pastora no se ha agrebujado de que no de los bucos se le ha extraviado. ¿Dónde está?

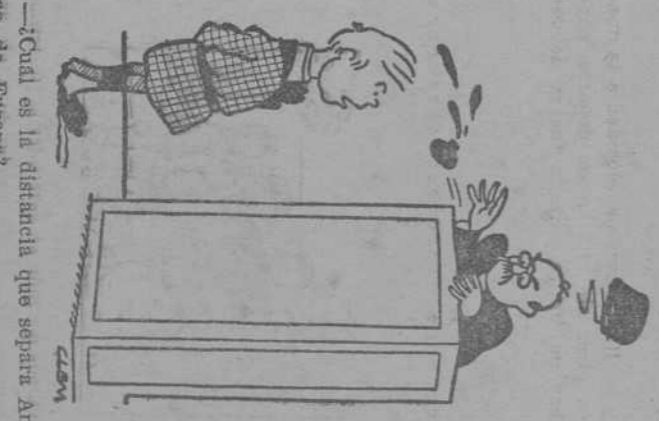


—¿Con qué ya tienes apetito, eh? Vamosa ver. Te gusta el pescado?
—Sí señor.
—Pues hoy tomárgas una cucharadita de cerquita de bacalao.

UN EXPERIMENTO CURIOSO



Colocad una pipa sobre un reloj de bolsillo, como el grabado indica. Probad con un trazo de lana, una barra de lazo o una varita de cristal, de estas que adornan las lamparas. Si aproximais el extremo del lazo al de la pipa y describís, con el primer movimiento de rotación, veréis como la pipa le seguirá y dará vueltas. Poco cuesta probarlo y es muy curioso.



—¡Cuál es la distancia que separa América de Egipto?
—Seis mil quinientos.
—¿Y cómo has hallado esta distancia?
—Enorme, señor maestro.

Los hombres malos

Una de las peores cosas que se pueden
ser en este mundo, donde tantos males pue-

—¿Qué os parece la masa obra de neces-
tario gran pintor?

—¿El Juicio final?—interrogó como si
no hubiera entendido bien la pregunta.

—¿Qué os parece la masa obra de neces-
tario gran pintor?

—¿El Juicio final?—interrogó como si
no hubiera entendido bien la pregunta.

—¿Qué os parece la masa obra de neces-
tario gran pintor?



—¿Estás satisfecho de tu nuevo maestro?
—¡Pah! No sabe gran cosa papá. Se pasa el día interrogándonos.



# PAGINAS INFANTILES

## HISTORIA NATURAL

### EL PERRO

Con respecto a este simpático animal, tan buen amigo y casi puede decirse que inseparable compañero del hombre, no hay pueblo alguno que no tenga perros domésticos. En unos se les utiliza para cazar, aprovechando sus instintos naturales, y en otros, como animales de tiro para el arrastre de trineos.

El hombre civilizado ha sabido crear razas caninas para todos los usos, desde el perro de guarda hasta el falderillo de lujo. Tan numerosas son las especies caninas creadas por la necesidad, unas veces, y otras por la casualidad de la moda, que su descripción llena muchas páginas de la Historia Natural.

Hay por ejemplo, las razas de guarda o custodia, entre las que se cuenta el hermoso mastín español; el del Tibet, que es un verdadero gigante, el de Terranova, notable por su habilidad para la natación, el famoso perro de San Bernardo, cuya inteligencia y destreza en buscar y socorrer a los viajeros extraviados, es el resultado de una educación especial de los moradores del antiguo Monasterio de dicho nombre; el danés, los perros de Ulm y de Burdeos, nuestro admirable perro de presa, los bulldogs inglés y francés, los perros de los pastores, tan apreciados para la guarda y el recibo del ganado; el de Alsacia (perro policía), que no es como muchos, equivocadamente suponen, el resultado de un cruzamiento de lobo; frente a estos ejemplares tan útiles, a la sociedad y al hombre, están los perros de tipo primitivo de los pueblos salvajes, el esquimal, el sayerdo, el lapón, el de las pieles rojas y los perros parcos o vagabundos de Egipto, de Turquía y de Siria, de quienes hace mención la Biblia. En cuanto a los de caza, hay una variedad inmensa. Los perros de lujo, parecen ser, en su mayor parte, representantes en miniatura, de estos diversos grupos.

Por lo que se refiere a la inteligencia y demás cualidades del perro, bien poco hemos de decir; basta recordar que este animal ha sabido hacerse digno del aprecio y estima de todos los pueblos, pues aun los mismos musulmanes, de quienes generalmente se cree que miran con desprecio a este canino, tienen un perro de caza por el que sienten tanto cariño como al más hermoso caballo, habiéndolo beduíno que no se desprendería de su «flocu» por todo el oro del mundo.

En Australia, encuéntrase un animal denominado el «Dingo», cuyo aspecto es el de los perros parcos que se encuentran en muchos puntos del Asia y del Norte de África, que por el hecho de ser el único carnívoro que vive en aquel continente, son muchos los naturalistas que suponen desciende de



—Vamos a ver: si le doy ocho nueces a tu hermanita y después le quito cinco, ¿qué resultará?  
—Que se echará a llorar. ¡No lo haga usted!

la raza de perros domésticos llevados allí por inmigrantes primitivos. Los dingos son el terror de los cauguros y del ganado doméstico de los colonos. Los indígenas australianos tienen con frecuencia ejemplares de esta especie de perro semisalvaje, en domesticidad, pero que nunca acaba de amansarse por completo, pues en cuanto se le ofrece ocasión se escapa para reunirse con sus semejantes que viven en libertad.

Desgraciadamente, las excelentes prendas de estos fieles compañeros de la Humanidad, se hallan contrarrestadas por la frecuencia con que son víctimas y hacen víctimas a su vez, del hombre, de la rabia, todavía la más espantosa de las enfermedades virulentas, aún cuando sus peligrosos efectos han sido considerablemente reducidos por los admirables descubrimientos de la ciencia.

B. S. N.



—Comprame un globo, mamá.  
—No, hija mía, no, que van por las nubes.

ta y muchas veces danzaba mientras cincelaba él, porque me halagaban sobremanera los elogios que me prodigaba luego. También sentía un inmenso halago cuando comparaba mi belleza con la de la casta Diana y cuando me decía que toda su ambición era saber modelar bastante para copiar la perfección de mi figura.

Nos amábamos sin saberlo. El descubri-



miento lo hicimos cuando, después de servirle de modelo muchas tardes, vimos terminada mi estatua en barro, tal como tú me has conocido en marfil. Likas, contenta y tocando la flauta; que sabía la historia de todos los dioses griegos, romanos y egipcios; que mi madre fué educada para cortesana y yo poseía todos sus conocimientos de filosofía, de arte y de política con emoción la escultura, dijo que era casi tan perfecta como yo. Yo no podía creer que fuese tan hermosa como la escultura. Mirábamos la estatua; nos mirábamos los dos y no sabíamos hablar. Estábamos muy abrazados y, sin saber cómo, se unieron nuestras bocas. Cree recordar que llorábamos... Aquel día di mi corazón y fué el más feliz de mi vida.

Peró aquella escultura, que hizo nuestra dicha, hizo nuestra desgracia también. Likas me amaba inmensamente, pero también amaba a su obra y, envanecido de ella, orgulloso, la colocó en una poética plazoleta del jardín para que fuese admirada de todos. Y todos se asombraron del talento de Likas. Y cuando la vió nuestro amo, muy devoto del arte como buen griego, llamó al joven escultor para saber cómo pudo haber hecho obra tan maravillosa. Likas respondió que sólo hizo copiar la figura de una hermana de ergástula y el amo entonces se burló de él, diciendo que estaba seguro de no poseer una esclava tan hermosa.

Likas corrió a buscarme y me presentó al amo. Yo acudí ilusionada, porque creí que el amo comprendería nuestro amor y, en premio al talento de Likas, nos casaría en seguida. Pero el amo me hizo mil preguntas sin referirse para nada a la escultura ni al escultor. Le dije que era hija de su esclava Chryseis; que sabía danzar con los pies desnudos sobre círculos de puñales

co. Y mientras yo hablaba, el amo me miraba de un modo que me daba vergüenza y miedo. Y luego, cuando él marchó y quiso lanzarme en los brazos de Likas, el amargo presentimiento que contraía las cejas de mi amante, me hizo llorar también.

La escultura fué llevada al palacio del señor y colocada en el centro del atrio. A mí se me avisó que sería llamada en el prí-



mer hanqueto que diese el amo, para lucirme ante sus amistades. Y mi madre se alegró mucho y púsose a prepararme una linda estalagmita egipcia, de gasa bordada en plata grandes arcos de oro para mis orejas, serpientes de plata para enroscar en mis brazos, ajorcas para mis muñecas y sandalias para andar a mis pies con largas trenzas de fino cuero.

Llegada la noche fatal, yo esperaba temblando junto a mi madre que me animaba recordándome la historia de mi abuela Ródope y de su madre Lamnia, a la que hizo inmortal el amor de un rey. Me decía que aquella noche iba a jugarme la gloria y la fortuna. Pero no sabía que también, iba a jugarme el corazón.

Llamada a presencia de los comensales, mi amo dijo:

—La escultura que habéis admirado en

el atrio, tiene alma. He aquí a Dionea, la virgen más bella de Rhodas, que hoy mismo dejará de ser esclava, porque merece ser diosa.

—Afródita se ofenderá si te oye—dijo uno de sus invitados—. ¿No tienes excusa su enojo?

—No. La suprema religión de los griegos es la belleza. Si nuestros dioses no fueran hermosos, no sabríamos hacerles ofrendas ni podríamos creer en ellos. ¿Traes tu flauta? ¿Traes tus puñales?—preguntó volviéndose a mí—. Danza, pues, Dionea. Haznos soñar que bajas de los cielos para rendirnos a la suprema gracia de la hija de Psiquis y del Amor.

Ya no volví a la ergástula. ¿Comprendes? Fué obsequiada como si de cierto encarnara el espíritu de una divinidad. Fué ataviada con sedas y joyas y flores. Mi nombre corrió de boca en boca por toda la ciudad y salió de la ciudad para saltar los mares y esparcirse por tierras lejanas. Tuve ofrendas dignas de una reina; tuve tesoros con los que podría haber comprado un imperio; los más insignes artistas y los más ricos magnates me brindaron su vida a cambio de mi corazón...

Pero yo no tenía corazón. Mi corazón lo di a Likas en el único día feliz de mi vida, y Likas huyó de Rhodas sin querer ver nunca más a la que sólo amaba él.

Y he corrido de Atenas a Lesbos, de Chipre a Jerusalén, de Roma a Siracusa, haciendo sonar mis cretiales de oro. Y el mundo ha creído que corría en pos de mi gloria, cuando en verdad corría en busca de Likas. ¡Oh, Likas, Likas! ¿Dónde están tus brazos? ¿Dónde están tus besos?... Todas mis riquezas, toda mi hermosura, toda mi gloria, por volver a la ergástula y mirarme con amor en los ojos del esclavo.

—No, no—terminó diciendo— en gloria no es más que un halago de la vanidad. La felicidad, no.

Y Dionea, la genial danzarina, no podía llorar porque tenía los ojos de marfil. Ferrus y párpados quedaron entornados, como antes, y juntos sus labios que nunca se abrieron. Y así volvió al pequeño pedestal, con los brazos extendidos hacia atrás y la cabeza inclinada a la espalda, como si danzara soñando.





# JAIMÉ PIQUET Y EL TEATRO ODEÓN

Este lugar de esparcimiento, tomó su verdadero carácter popular tan pronto como, durante la actuación de Piquet. Emplazado en el recinto de la antigua biblioteca del convento de San Agustín, con entrada en la calle del Hospital, desde la expulsión de la comunidad en el año 1886, había sido destinado su local para varios usos, hasta que en 1880 se destinó para teatro.

Nacido Jaime Piquet y Pierra, en Sarriá (Barcelona), murió en la misma población, el 28 de junio de 1896. Fue en su juventud grabador, habiendo sido antes peón de albañil, pero al notar durante su actuación, en unas obras que se efectuaron en la «España Industrial», que mientras él y sus compañeros, iban sucios y desarrapados, y salían tarde del trabajo, los grabadores salían temprano, y vestían como señores, se resolvió cambiar su oficio por el de grabador. Trabajó asiduamente en su nueva profesión, pero su mayor placer, era el teatro. En sus ratos de ocio leía comedias, y por último, esto le hizo entrar ganas de hacer dramas, teniendo sin embargo, la modestia de guardárselos para sí, y no enseñárselos a nadie, pero una casualidad, hizo que estas no tardaran en ser conocidas.

Parece ser que un día, hallándose en Sarriá, al ir a principiar la función, el actor Emilio Arocas, se encontró con un individuo de su compañía indispuerto, y habiéndose burlado Piquet a substituirlo, tuvo muchos aplausos. Simpatizó el actor con el novel debutante, y esta nueva amistad, fué la causa también, que le estrechase uno de sus dramas que tuvo gran éxito. Tanta la fama, y entonces, empezó su gran predicamento, entre las clases populares. Esto le empujó a dedicarse por completo al teatro, sin dejar de momento su oficio de grabador.

Habiendo poco tiempo después, quedado por arrendar el Odeón, tuvo la corazonada de tomarlo por su cuenta y como ya había contratado amistades con varios cómicos entre ellos el gracioso Molgora, pudo con estos medios, intentar la aventura. El día postrero, y sostuvo dicho teatro, por espacio de 16 años, con un número de obras originales o arreglos, en prosa y en verso, catalanas y castellanas, cómicas, históricas y de actualidad.

En el Odeón, asistía la gente del pueblo en todas sus más típicas manifestaciones, obreros, criadas, soldados, forasteros de los pueblos inmediatos y de provincias, con todas las variedades, desde el robusto batidor hasta el zaragatero andaluz, desde el plácido gallego hasta el bullicioso valenciano, y todos iban allí, a reír, a expansionarse, a gozar y a enternecerse de buena fe, con los primeros dramáticos de Piquet, pues a lo dramático es lo que más atraía el inteligente espectador, y por lo común, nunca dejaba que faltase como a casa señorial, el consabido traidor, recibido con improperios, maldiciones y gritos de «Mareu-lo, mareu-lo!» cuando sus fechorías excitaban el odio del público.

Durante los intermedios, el espectador que por equivocación sin saber nada, se había metido en aquel popular recinto, quedaba admirado de que el vecino sacara una botella, portón o bota de cuero, empujando

por todo lo alto el codo, como la cosa más natural del mundo y que el del otro lado, sacara una fiambrera y empezara a reparar su merienda a la familia, mientras otros iban cascando nueces, cacahuetes y pelando naranjas, improvisándose en el suelo una pintoresca alfombra de heterogéneos elementos. El bullicio que se iniciaba entonces, no era menos original; el uno juega sus pulmones, remediando con suma habilidad el rebuzno del asno, el otro con testaba con el cacareo del gallo, y todos los demás según sus actitudes, daban rienda suelta a su ridículo buen humor, que el bueno de Piquet no interrumpía nunca, a no ser que la cosa pasara a mayores, pues entonces, sus buenos puros se encarraban de encarrunar todo, sacando a empujones al incivil alborotador que así interrumpía van embesateado armonía.

El teatro siempre estaba lleno y esto daba a entender, que el sistema de atracción adoptado por Piquet, era insuperable. Empezaba éste ya, al entrar al teatro, con el mágico hechizo de aquellos cartones epigramáticos, o grandes matanzas, consistentes dramáticas, que el público atraído fuera de siempre que el público atraído fuera siempre numeroso, a esto añadía el estar siempre al tanto de todas las novedades de actualidad, lo mismo literarias, que políticas o callejeras. En todo siempre se acerta al gusto del público, y si alguna vez por casualidad no lo acertaba, apresurábase a corregir su criterio en seguida.

En cierta ocasión, escribió una obra, a base de una producción célebre que con cetera trágicamente con la muerte de los dos amantes. El público que había seguido lleno de ternura la suerte de los simpáticos héroes, al ver su trágico fin, protestó con ira de la suerte final de unos muchachos, dignos de otra cosa mejor, y el no menos fiero Piquet, lleno de magnanimidad, salió al punto al escenario diciendo que, haciéndose cargo del disgusto ocasionado al auditorio, en la próxima función se cambiaría el desenlace, casándose los amantes.

La oportunidad era el fuerte del gran Piquet, y a esta puede añadirse también su gran cariño de hacendista que le empujaba al mismo tiempo a mirar por su propio provecho. Durante su gestión de empresario, no pagó nunca derechos de autor y para eso, procedía de la siguiente manera: Veía por ejemplo en «Don Juan Tenorio» un drama de éxito, él fabricaba en seguida la «Segunda parte del Tenorio»; «Serrallonga» era muy popular, pues entonces escribía «La vida de Serrallonga».

Por Navidad tenían gran captación «Els pastorets», estrenaba en seguida «La infancia de Jesucristo» o «Els Pastorets»; obra de mucha boga «La cabana de T'ron» o la esclavitud de los negros, creaba al punto «La esclavitud de los blancos», seguía la parte del drama anterior, etc. etc.

Con este sistema las obras que produjo, pasaron de 160, con las cuales se aborrió por valor de siete a ocho mil duros de teatro, ayudando a redondear su negocio. Al hacer que su teatro fuera el más barato de Barcelona y el que más función regalaba al público. Con doce cuartos que valía la entrada, hacía dramas de 11, 12 y hasta 15 actos.

La más pequeña cosa, le inspiraba; solía dar para ello, una vuela periódica por los Encantes y en una de estas por ejemplo, encontró dos antiguas sillas de mano, en las que quiso ver dos confesionarios. Esto le inspiró la comedia «Dos llensols y un vestit negre», en la que hay dos sorudos que se confiesan, y mezclándose una confesión con la otra, se produce una escena muy cómica.

La manera de escribir las obras de actualidad, era muy ingeniosa. Durante la última guerra civil, al salir las tropas de Barcelona para poner fin al sitio de la Seo d'Urgell, escribió de un sólo golpe, tres días, «Urgell». Escribió de un sólo golpe, tres actos y medio, empezó a ensayarlos esperando el resultado, y al llegarle el jueves la noticia de la toma de dicha ciudad, por la noche, acaba el drama, el viernes distribuye los papeles, el sábado lo ensaya, y el domingo lo estrena.

Ponia gran cuidado en la interpretación de sus obras, y si algún actor le cambiaba alguna palabra, desde la concha del apuntador tirado le decía: —«Embustero, yo no hi dit així!» En una detestable representación de «La vida d'en Serrallonga», dijo dirigiéndose al público: —«No teniu vergonya, quan no els hi tirau els banes al cap».

Trabajaron en su teatro, entre otros, los notables actores Pilar Clemente, Concepción Ferrández, Concepción Terrés y los actores Grifell, Molgora, Chicra y sobre todo, Jaime Virgili de Roma, que fué tantos años el obligado traidor de aquella casa. Por espacio de ocho meses sufrió el actor 751 muertes.

Las producciones de Piquet, alcanzaron algunas hasta 100 representaciones consecutivas, y con todo en medio de sus errores y extravagancias, habla en ellas un criterio instantáneo para preparar efectos teatrales, que hubiera podido utilizar mejor, si hubiese tenido cultura literaria. Era muy popular en Sarriá, sobre todo, por la fiesta que acostumbraba a dar, por San Jaime, en su casa torre, con baile, refresco, fuegos artificiales, iluminaciones y caridad a los pobres.

Unos cuantos años antes de morir, vióse aquejado de una sortera y de una parálisis después. Tuvo en sus últimos instantes, idea de la responsabilidad moral que había contraído, infiltrando en el espíritu del pueblo, ideas no muy sanas, y por esto, habiendo muerto sin hijos, decidióse a emprender parte de su regular fortuna, en beneficio de su pueblo natal, instituyendo varios legados, que le aumentaron el aprecio y gratitud que ya le tenían sus paisanos, quienes le dedicaron en la citada villa, el nombre de una calle.

JOAQUÍN BAS GILCH

# GACETILLAS LITERARIAS

Durante una semana, con verdadera devoción, hemos leído las páginas calenturientas, tremulas, atormentadas y nerviosamente escritas de «Vida interior» de un escríptor, el último libro de Juan Puig y Ferrer.

Han dado por decir que el mayor mérito de este libro, es el de ser un libro valientemente autobiográfico. Aun cuando la verdad, la sinceridad es un principio básico en todo escritor, no creo que sea su virtud sujeta en los clásicos de todos los países. Una mentira puede ser mucho más hermosa que una verdad. Prefiero las fábulas religiosas—especialmente las orientales—por lo que tienen de bellas, a las gaceticillas que dan cuenta de un atropello o de una violación. Decir la verdad es cosa fácil. Los cómicos son maestros de este arte. Lo difícil es ser artista. Y el principalísimo valor de Puig y Ferrer consiste en querer anudar dos fuertes corrientes de su espíritu: decir la verdad y crear belleza. Este deseo de superación, de querer ser cada uno más bueno y más fuerte; más justo y más nuevo, es la principal inquietud, la virtud cardinal de Puig y Ferrer. Este fatalismo—lo repito, fatalismo—se traduce en Puig y Ferrer en una lucha de ideas y de formas que fundan un mundo en toda su obra.

Aun la humanidad como los románticos auténticos, mas sabe desvirtuar de ella, no en vano tiene un concepto socialista de la vida a los que todo lo tienen; ama la humanidad, como hombre fundamentalmente religioso y tiene la fortaleza del Ángel caído, de rebelarse contra la Naturaleza que le niega la vida y la paz; estima la inquietud, la vida atormentada, la obra de Dostoiwski, y en cambio, da la sensación, cuando habla de los apuros económicos de su personaje que amara un Cuerpo de escritores, encoludados y mantenidos por un Estado, como abejas en colmena... Todo el libro es una inquietud que pasa por el aire con la misma sensibilidad que—séano permitido la imagen cursilista por lo gastado—el tándido de una campana. Zig-zagueo, azogue, interrogantes, nerviosismos... Parece escrito por un hombre que se revueltaba nervioso en un lecho durando la postura cómoda para poder dormir... Todo este dolor varío llega a producir una sintaxis literaria y moral o viceversa de una dignidad y una austeridad apreciable. Hay que conocer al hombre y la obra para enjuiciar o simpatizar con el libro nuevo, hay que haberle seguido desde «Els tres al·lucinat» hasta «Vida interior» de un escríptor; desde el hombre con orgullo de agüita al asceta de hoy.

En «Vida interior» de un escríptor, Puig y Ferrer desenvuelve una vena literaria exuberante al correr de todas las páginas.

# del Libro de Puig y Ferrer

Van dando la sensación de hojas sueltas y al final del libro se da una cuenta de que ha leído una obra completamente unida. A mi juicio de lector amigo, más que lo «autobiográfico», tiene valor lo polémico. Cuando el hombre y el escritor se encara con alguien, el libro adquiere esa humanidad que rezuma en toda la obra del autor de «Servituda» y es en la polémica en donde Puig y Ferrer consigue lo que se propone: unir belleza y verdad.

El lirico que hay en Puig y Ferrer—páginas amadas de sus recuerdos de infancia, despos de infante, primer amor, evocaciones del tiempo viejo...—queda retratado ante el polemista que se encara con Dios, con la Naturaleza, con la Vida que desea que nazca muerta—excesivamente pasadizo—con la mujer que tan sólo sabe amar y admirar; con el artista, pobre diablo, de casa y boca; con el editor mercantilista; con la amante que le destrona la vida para hacerse vivir mejor; con el jovenito que desea convertirse en otra razón moral, consigo mismo... En estas polémicas es cuando surge con una pujanza y una vitalidad

considerable. El choque produce el mismo efecto que una convulsión atmosférica. Lo único que se lamenta en el libro es, que en las primeras páginas y en las últimas la meticulosidad anecdótica corte la elegancia de todo el libro. Un hombre como Puig y Ferrer en quien todos sabemos el máximo respeto a la sinceridad, no tiene necesidad de descender a nimios detalles familiares, para demostrarnos hasta qué punto ama la verdad.

Y tampoco creemos que haya que arrojarse aquella polvareda inútil y cegadora por sí se le llama «Maestro». No es tan grave como todo esto que la juventud se aplique a tener un poco de humildad ante ciertas obras y ciertos viejos.

Bien merecen dictado de Maestros los que trabajaron para la formación espiritual de un pueblo, sin que ello vaya en detrimento de la propia personalidad. Así los apóstoles llamaban Maestro al joven Jesús.

Mas, aparte de estos detalles, que al correr de la lectura molestan porque no tienen la grandeza del libro, se encuentra la firme personalidad de quien como Puig y Ferrer da una lección de moral, de rectitud y de amor a todo lo que es suyo: su pueblo, su cultura.

Convenía volver a este sentimiento religioso que se siente por la masa en la hora en que se pone de moda a Chesterton; convenía volver al cauce de los que enaltecieron al Dios tímido de la multitud (que es la que crea) en el canto homérico.

El último que supo apreciar este Dios fué Victor Hugo. Ahora, Puig y Ferrer refrenda este sentimiento, nuevo en las letras catalanas de la post-guerra, cuando dice (pág. 157).

«Ero val més el silenci i la infinita aspiració vers una suprema veritat que jo mateix no sé on és, fronta agre i terrible, vora la porta de la mort? No; una fé immensa i obscura. Rien tant com volguen de mí, si no sé jugar el joc maldicte. Hi ha, per a mí, no sé on, uns ulls poderosos als quals no escapa res. Jo em lliuro jols al sen escuard, al qual es inutil mentir. Les infantes i inexorables pupilles irradien una llum aconsoladora i sota d'elles les pitjors febleses poden convertir-se en fortitud...»

«Como no ver en esta imagen a la multitud, a esa humanidad a la que Juan Puig y Ferrer ofrece estas páginas últimas que son un breviario de fortaleza y de templanza?»

Este sentimiento panista es una exclamación de vitalidad en la calma de las letras catalanas que se mantienen a la sombra del ciprés convertual.

FRANCISCO MADRID